

946
V.

PQ 6641
.A47
54
1909



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

GERIFALTES DE ANTAÑO

Imp. de Primitivo Fernández. Valverde, 33.

Guillermo J. J. J. J.
Nº 914

Santa Cruz volvió á caer sobre Otain. Desde los hayedos del monte, bajó como los lobos al ponerse el sol, y corriendo en silencio toda la noche llegó á las puertas de la villa, cuando cantaban los gallos del alba. Llevaba consigo cerca de mil hombres, vendimiadores y pastores, lañadores que van pregonando por los caminos y serradores que trabajan en la orilla de los ríos, carboneros que encienden hogueras en los montes y alfareros que cuecen teja en los pinares,

LA GUERRA CARLISTA

gente sencilla y fiera como una tribu primitiva, cruel con los enemigos y devota del jefe. Aldeanos que sonreían con los ojos llenos de lágrimas oyendo cuentos pueriles de princesas emparedadas, y que degollaban á los enemigos con la alegría santa y bárbara, llena de bailes y de cantos, que tenían los sacrificios sangrientos, ante los altares de piedra, en los cultos antiguos.

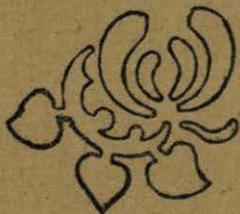
Quinientos infantes habían quedado guarneciendo la villa, cuando con un revuelo de gerifaltes, cayó sobre ella la partida del Cura. Dos escuadras de cien hombres entraron delante dando gritos, una por el camino del río, y otra por la Calle del Mercado. Quemaban las puertas de las casas, apaleaban á los viejos y hacían correr á las mujeres con los niños en brazos. Los soldados republicanos, sorprendidos en los alojamientos, salían despavoridos, restregándose

GERIFALTES DE ANTAÑO

los ojos. Sostuvieron algún tiroteo en las calles inmediatas á un convento, convertido en fuerte cuando ganó la villa á los carlistas Don Enrique España. Retrocedían sin orden, revueltos con los voluntarios, que cargaban á la bayoneta. El Cura, con el resto de su gente, guardaba todas las salidas de Otain. Pero como las cornetas republicanas tocaban retirada en lo alto del fuerte, comprendió que la guarnición se encerraba entre aquellos muros, y entró por la villa á sangre y fuego. Sobre su cabeza se abrían las ventanas y clamaban muchas voces:

—¡No hagáis mal! ¡Todos somos partidarios!
¡Viva Carlos VII!





II

Santa Cruz levantó parapetos y emplazó dos cañones que había ganado en el encuentro de Hernani. Después de haber intimado la rendición á los del fuerte, que no quisieron admitir las condiciones impuestas por el faccioso, rompió el fuego, que duró todo el día. Por la tarde, cuando cesaba el tiroteo, se le unió la partida de Miquelo Egoscué. Los dos cabecillas se saludaron secamente: Egoscué, con bien declarado despecho, el otro, receloso y sin mi-

LA GUERRA CARLISTA

rarle. Santa Cruz estaba entre una guardia de doce partidarios, en el atrio de la iglesia. Egoscué se le acercó á caballo:

—Don Manuel, todos se quejan en la villa de que los ha tratado como á enemigos.

El Cura repuso sordamente:

—Los he tratado como merecían... Y lo que tengas que decirme, no me lo digas á caballo.

Se destacaron tres hombres de la guardia del Cura. Egoscué les dejó las riendas y se apeó entre ellos. Santa Cruz se había arrimado al muro de la iglesia, y el otro cabecilla se le acercó con la mano tendida:

—¡Pues aquí estoy con mi gente, Don Manuel!

—Como siempre, á media misa. ¿Y cuántos son los tuyos?

—A trescientos no llegan.

—¿Tienen municiones?

GERIFALTES DE ANTAÑO

—No tienen ni un cartucho.

El Cura quedó con la vista en el suelo, y levantándola lentamente, miró de través á los voluntarios que había en la plaza. Eran como cien hombres, y entre ellos no se contaban veinte de la partida de Egoscué. Los otros corrían las casas en busca de alojamiento. Don Manuel Santa Cruz estrechó con fuerza la mano del otro cabecilla y le miró á la cara:

—Pues soldados sin cartuchos para nada valen... Y no te agradezco la ayuda que me traes. Tener á la gente sin cartuchos, en la otra guerra fué de traidores y en ésta también.

—¡Yo no soy traidor, Don Manuel!

—Tampoco te digo que lo seas. Te digo que tener á la gente sin cartuchos, cuando no dice traición dice no saber mandarla. Tú ibas bien cuando con andabas doce hombres...

LA GUERRA CARLISTA

—¡Y ahora voy bien!

—No seas un bárbaro orgulloso. Ya hablaremos de eso. Hoy cenamos juntos, y mañana se batirán juntos tus mocetes y los míos. Yo tengo cartuchos para todos.

Don Manuel Santa Cruz entró en la iglesia con los doce de su guardia. Iba entre ellos con la mirada recelosa, sin armas, sin insignias, y más parecía un prisionero que un capitán vencedor. Era fuerte de cuerpo y menos que mediano en la estatura, con los ojos grises de aldeano desconfiado y la barba muy basta, toda rubia y encendida. Su atavío no era sacerdotal ni guerrero. Boína azul muy pequeña, zamarra al hombro, calzón de lienzo y medias azules, bajo las cuales se descubría el músculo de las piernas. Aquel cabecilla sobrio, casto y fuerte, andaba prodigiosamente, y vigilaba tanto, que

GERIFALTES DE ANTAÑO

era imposible sorprenderle. Los que iban con él contaban que dormía con un ojo abierto, como las liebres.





III

En Octubre de 1873, las tropas republicanas ocupaban muchas aldeas y caserios en el valle de Baztán. Cada día llegaban nuevos regimientos que empobrecían con tributos aquella tierra férax. Estas fuerzas, siempre volantes, ahora tenían orden de concentrarse para caer sobre Estella. Moriones, que acababa de ser nombrado comandante general, deseaba apoderarse de la ciudad, arca santa del carlismo. Era la victoria que mayor sonoridad podía tener, y tam-

LA GUERRA CARLISTA

bién el deseo de todo el ejército republicano. Era la voz unánime en el Estado Mayor:

—Hay que dar una gran batalla, y ganarla.

Los soldados sentían el cansancio de la guerra y deseaban volver á sus casas. En continuas marchas y contramarchas, apenas tenían tiempo de reposarse en alguna aldea, oyendo siempre detrás el paso redoblado de las partidas carlistas, señoras de Navarra. Y el comandante general buscaba la ocasión de una batalla para darle el triunfo, como un pan de comunión, á todo el Ejército. Era preciso apagar el grito que resonaba por valles y montes:

—¡Viva Carlos VII!

Don Enrique España tenía el mando de las fuerzas concentradas en el Baztán. El veterano general dictaba órdenes llenas de malhumor,

GERIFALTES DE ANTAÑO

pasaba revista á los batallones y salía á caballo con sus ayudantes. Algunas veces murmuraba, tascando el cigarro:

—Farsas del Estado Mayor.

Don Enrique España temía que no se hubiese pensado nunca en llamarle sobre Estella. Lleno de años y de experiencia, oía distraído la lectura de las órdenes que llegaban constantemente del Cuartel General. Si alguna vez tomaba el pliego de manos del ayudante que leía, era sólo para ver el prodigio caligráfico del escribiente. Le gustaban los limpios rasgos de la letra española, y sonreía, dejando caer en el papel la ceniza del cigarro. Sin duda recordaba cómo en una oficina, con galones de cabo en las mangas, había comenzado su carrera militar hacia treinta años. Y levantando el papel y sacudiéndolo en el aire, solía decir:

LA GUERRA CARLISTA

—Estos pobres son los que trabajan en el Estado Mayor.

Obedecía las órdenes sin concederles ningún valor, convencido de que la guerra acabaría cuando todos se cansasen. Tenía la misma desilusión que los soldados y la misma desconfianza. En medio de un constante malhumor, porque perdía al juego y no adelantaba en la guerra, apenas recataba sus pensamientos:

—Todos los generales conspiran por el hijo de Doña Isabel. Yo soy el único leal á la República... ¡Por eso me paga como el diablo á quien bien le sirve!

Sentía un sordo despecho por haber tenido que retirar sus tropas de Otaín. Juzgaba la concentración como una malicia pueril del nuevo comandante general y del Estado Mayor. Era una censura solapada de todos los planes ante-

GERIFALTES DE ANTAÑO

riores, una labor de intriga para desprestigiar á los que habían tenido el mando y el consejo. Del Estado Mayor llegaban todos los días órdenes tan oscuras, que parecían dictadas por antiguos oráculos. Don Enrique España las mandaba archivar y pedía una aclaración que no llegaba nunca. El Estado Mayor, en medio de un gran vacío de pensamiento, quería mantener el prestigio de que meditaba profundas combinaciones estratégicas. Era un afán hueco y sonoro, un mugir de bueyes que no aran. Don Enrique España no les guardaba el secreto:

—Nos sacan de donde hacíamos falta, para llevarnos no saben adónde. Atacarán Estella, pero será con las fuerzas de la Ribera. Nosotros perderemos todo lo ganado, detenidos en estas delicias de Cápuá. No caben tantos soldados en las cabezas del Estado Mayor General.

LA GUERRA CARLISTA

Y rodeado de sus ayudantes, dejando al caballo que mordiese la yerba del camino, tendía los ojos por el valle, todo en verdor y en paz. Era de un encanto primitivo, con la gracia de esos paisajes donde los evangelarios antiguos hacen florecer la infancia del Niño Jesús. Por los caminos blancos, entre mieses estremecidas, viñedos en fruto y dorados castaños, veían llegar nuevas tropas, que dejaban sin guarnición todas las villas desde Urdax á Tolosa.



IV

Tres confidentes llegaron uno en pos de otro, con la noticia de que atravesaba los puertos la partida del Cura. Iba de prisa y en silencio, como los lobos cuando bajan al poblado. Oyendo á los perros había cruzado sin detenerse las aldeas dormidas, San Paul, Astigar, Arguiña. Pero las confiancias no aventuraban adónde fuese el terrible cabecilla, que anochecía en un paraje y amanecía á veinte leguas. Los tres espías, sentados en el banco que tenía á su en-

LA GUERRA CARLISTA

trada el alojamiento del general, loaban aquel prodigio, hablando en vascuence. Aún estaban descansando cuando llegó un viejo con noticias de la sorpresa de Otain. Montaba su buena mula y dijo que lo enviaba la Señora Marquesa. Después de oírle, el general le mandó salir, señalándole la puerta con leve movimiento de la mano, y se volvió á sus ayudantes:

—¡Tejer y destejer! Ahora correrán órdenes para que reforcemos la guarnición de la villa, porque es indudable que resistirá en el fuerte.

Entró un coronel con levita de uniforme y pantalón de paisano. Era el jefe del Estado Mayor:

—¿Y si no resiste, mi general?

Don Enrique España hizo un gesto lleno de aspereza:

—Será cuenta suya.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Replicó el coronel:

—Y lo peor es que ahora no puede enviarse ni un soldado sin consultar al general en jefe. Acabamos de recibir esta orden telegráfica.

Y desdoblaba un papel azul que traía en la mano. Don Enrique España lo rechazó:

—¿Qué dice?

—Que estemos dispuestos para operar con las tropas que ocupan la línea de Tafalla á Puente la Reina. Hasta las jornadas nos fijan.

El general movía la cabeza con aire aburrido:

—¿Ya no debemos bajar á Vera?

—No, señor.

—¿Pero no era el plan que entrásemos por la Barranca? ¡Tienen la estrategia de las veletas! ¿No íbamos á operar con la columna del general Primo?

Y extendió el brazo reclamando el telegrama,

LA GUERRA CARLISTA

que volvía á recorrer con la vista el jefe del Estado Mayor. El general se acercó á la ventana, miró por todos lados el papel y se lo entregó á uno de sus ayudantes:

—Lea usted despacio.

Todos atendieron con religioso silencio. El Estado Mayor General ahora quería atacar á Estella por las posiciones carlistas de Santa Bárbara de Mañeru. Se le comunicaba un itinerario al general España. Por el Puerto de Vela te debía ser el avance de todas las fuerzas concentradas en el Baztán: Bajarían por Alcoz á Oteiza. Tomarían posiciones dominando la orilla del Arga: El flanco derecho en Cizur, el izquierdo en Puente la Reina, el centro en Belascoain.

Todos seguían con la imaginación aquella marcha larga y pesada por una tierra donde ha-

GERIFALTES DE ANTAÑO

rían constante correría las partidas carlistas, dueñas de los montes. Cuando el ayudante terminó de leer, el anciano general se limitó á decir:

—Hay que pedir aclaración de esa orden.

Preguntó el jefe del Estado Mayor:

—¿En qué sentido, mi general?

—En cualquier sentido. Telegráfíe usted también el suceso de Otáin. Como hemos dicho antes, no puede enviarse ni un soldado sin consulta previa. Yo confío que la guarnición resistirá en el fuerte.

—Es de suponer. Nada dispone tanto para las defensas heroicas como la crueldad del enemigo.

Murmuró estas palabras á media voz el jefe del Estado Mayor. El general aprobó con la cabeza:

—Lo hemos visto en la otra guerra...

—Como que eso explica tantas hazañas colectivas en la antigüedad.

LA GUERRA CARLISTA

Y se puso á redactar un largo telegrama para el Estado Mayor General. De pronto ladeó la cabeza:

—Me parece que tardarán en recibir ayuda los sitiados de Otain.

Y miró á todos burlón y enigmático. Don Reginaldo Arias era un hombre pequeño y calvo, con la nariz torcida y la mirada aviesa de usurero pleiteante y sagaz. El general alzó los hombros:

—¿Por qué dice usted eso, coronel?

—Si quisiese explicarlo no sabría...

Interrogó desde la ventana un capitán de húsares, que estaba en el grupo de los ayudantes:

—¿Que no sabe usted explicarlo, mi coronel?

—No sé, querido Duque... No sé...

—Pues yo sí... La República necesita que haga una degollina Santa Cruz. Los carlistas

GERIFALTES DE ANTAÑO

trabajan en las cortes europeas por obtener la beligerancia.

Aprobaba con una mirada maliciosa el jefe del Estado Mayor:

—Y se comprende, querido. La beligerancia equivaldría á tener abierta la frontera y el comercio de armas.

El Duque de Ordax exclamó riéndose:

—Pues pensamos lo mismo. Hace falta una degollina para presentar á los carlistas como hordas de bandoleros. Entonces Castelar alzará los brazos al cielo, jurando por la sangre de tantos mártires, y pasará una nota á todos los embajadores. Ahora la suprema diplomacia es ayudar al Cura.

El general se levantó encendiendo el cigarro:

—Yo desearía que fúesen ustedes más pru-

A GUERRA CARLISTA

dentes al emitir esos juicios. Es un ruego amistoso.

Concluyó el jefe del Estado Mayor:

—Que Santa Cruz ande ahora más perseguido de los carlistas que de nosotros, nada dice. Santa Cruz es fuerista, sin reconocer la suprema autoridad de Don Carlos.

Y continuó escribiendo el telegrama para el Estado Mayor General. Los ayudantes hablaban en voz baja, retirados al fondo del balcón, y entre la pared y la mesa, en un hueco de tres pasos, iba y venía, tarareando, Don Enrique España. De pronto se detuvo y miró á los ayudantes:

—Imposible que por una intriga política el general en jefe sacrifique á esos valientes encerrados en el fuerte de Otáin. Les prohibo á ustedes que lo digan y que lo piensen. Rompa

GERIFALTES DE ANTAÑO

usted ese telegrama, coronel. Ahora mismo van á salir fuerzas en socorro de esos valientes. Rompa usted ese telegrama.

El veterano se acercó á la mesa, y arrugó el papel entre sus manos trémulas.





V

Santa Cruz quiso castigar á la villa, porque, olvidando su claro abolengo legitimista, habia consentido á la tropa republicana que sacase bagajes y raciones. Temerosos andaban escondiéndose los merinos, y dió un pregón condenándolos á muerte si antes de la noche no se presentaban en la rectoral donde tenia el Cuartel. Era tal el terror que inspiraba, que acudieron todos... Y después de cirlos un momento, mientras bebía un vaso de vino y tomaba una

LA GUERRA CARLISTA

rebanada de pan blanco, les mandó dar cincuenta palos en la Plaza de los Fueros:

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...

Marcaba la pauta el tambor redoblando. Los contaba muy recio un sargento destacado al flanco, y á coro con él contaban los niños de la escuela encaramados á los árboles, y alguna vieja antigua que tenía el recuerdo sagrado de la otra guerra:

—¡Veintuno! ¡Veintós! ¡Veintrés!...

Toda la villa acudió á presenciar el castigo, se llenaron balcones y ventanas, sólo estuvo cerrado el palacio de Redín. Algunos voluntarios habían entrado con un teniente para prender á la Marquesa. La anciana señora, advertida por sus criados, los esperó en la saleta de su tertulia sentada en un sillón, erguido el busto y la mano apoyada sobre el cojin de la muleta.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Era la misma actitud solemne con que había recibido al Señor General Don Enrique España. A su lado, en pie, un poco trémula, estaba Eulalia. La Marquesa de Redín, viendo entrar á los voluntarios, levantó muy severa los ojos hasta su nieta, y le advirtió en voz baja:

—Eulalia, no olvides que esta gente puede matarnos, lo que no puede es vernos temblar... ¡Nada de lágrimas ni de súplicas, hija mía!

Y acarició á hurto la mano de la niña. Eulalia no respondió, suspensa y con los ojos fijos en aquellos soldados que invadían la saleta. La Marquesa, que se había puesto los espejuelos, los interrogó con ese tono avinagrado y cortés de algunas viejas:

—No les conozco á ustedes, y me extraña mucho esta visita.

LA GUERRA CARLISTA

Los voluntarios sonreían, mirándose en los espejos con un destello de honradez aldeana sobre las frentes meladas, francas y anchas bajo las boinas azules. El teniente se detuvo en el centro de la sala:

—Tiene que comparecer en la rectoral, donde está el cuartel. Si no puede andar se la llevará en el sillón.

La Marquesa de Redín miró á su nieta, que se inclinó, ayudándola á ponerse en pie. Las dos estaban muy pálidas. Eulalia dijo al oído de la vieja:

—¿Vcy con usted, abuelita?

La Marquesa movió la cabeza:

—No sé... No sé... Mejor será que te quedes.

Y fué hacia los voluntarios sola, encorvada sobre la muleta. En medio de la sala se detuvo y requirió los espejuelos para ojear al teniente

GERIFALTES DE ANTAÑO

que era muy alto. Dejándolos caer, murmuró seca y desabrida:

—Vamos al Cuartel.

Salió reprimiendo una lágrima y sin volver los ojos para mirar á su nieta, que la siguió hasta la escalera, en medio de la servidumbre consternada. En el primer peldaño se detuvo y llamó á su doncella:

—Tú vendrás conmigo.

La doncella, que ya tenía los cabellos blancos, se adelantó muy compungida y le dió el brazo. Bajaron entre los soldados, con gran lentitud. En la plaza seguía resonando el tambor, y el coro de viejas y niños llevaba la cuenta de los palos al último merino que sufría el castigo impuesto por el Cura:

—¡Ocho!... ¡Nueve!... ¡Diez!...

Cuando salió la Marquesa de Itedin hubo un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1026 MONTERREY, MEXICO

17241

LA GUERRA CARLISTA

vano de silencio. Luego, definitivamente, cesaron algunas voces, y otras siguieron contando más indecisas. La gente se apartaba y hacía sitio con temeroso respeto á la vieja dama que iba entre soldados. Caminaba apoyándose en su doncella, con los ojos adustos levantados sobre los voluntarios carlistas, y murmurando de tiempo en tiempo:

—¡Qué inquisidores!



VI

Santa Cruz estuvo alerta toda la noche, paseándose solo en la solana de la rectoral. Al amanecer bajó al zaguán, y á los voluntarios que dormían escombrando el paso, les tocaba con el palo para despertarlos. Después de oír misa, hizo formar en el atrio y municionar á los doscientos hombres que habían venido con Egoscué:

—¡Ahora á tumbar herejes!

Y con gesto taciturno y huraño los vió des-

LA GUERRA CARLISTA

flar hacia las trincheras, donde ya comenzaba el fuego contra los sitiados del fuerte. Había dispuesto que se hiciese una mina, y trabajaban en ella sin descanso todos los vecinos leales, ayudados de algunas mujeres. A las doce, los voluntarios fueron racionados en las trincheras, ración de balas, de vino mosto y pan caliente, que recibieron relinchando. El Cura paseaba entre ellos, taciturno, con la frente obstinada y el garrote en el puño. En algunos sitios se detenía y daba orden de no interrumpir el fuego. Los cañones del fuerte respondían alternativamente, y las balas se enterraban en la tierra de los parapetos. Santa Cruz iba tranquilo, sin alarde, con la cabeza inclinada y santiguándose. En el camino de los viñedos, donde estaba la vanguardia, sentóse á descansar en una piedra, contemplando las líneas de tiradores.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Reparó que venía á caballo por la misma senda un viejo, á quien todos en la partida llamaban el Secretario. Y viéndole correr, sintió una ráfaga jovial.

—Aquí no hace falta el tintero de cuerno, Don Rafael.

Cabeceaba el viejo sobre la silla:

—Salí por inspeccionar esas viñas tan lozanas.

—¿Son de usted?

—¡Mías!... Ni aun al dueño conozco.

Vieron caer á su lado una bomba que levantó al sol, en surtidores, el agua de una acequia: Santa Cruz continuó sentado, mientras el caballo del otro daba una huída por el campo:

—Vuélvase, Don Rafael. En el establo de la rectoral han metido á la Marquesa de Redin. Mándele un confesor, Don Rafael.

Hablaba con voz vagarosa y soñolienta, sin mirar al viejo, que ponía un gesto muy apenado:

—¡Ilustre caudillo, primero le formaré tribunal, y la haré comparecer! Así, Lizárraga no dirá que fusilamos sin proceso.

Santa Cruz, al oír el nombre del general carlista, volvió á poner los ojos sobre las filas de tiradores y quedó mudo, con un frío reír entre la barba de cobre. El Secretario hizo una reverencia de letrado, y revolviendo su jaco trotó hacia Otain. Santa Cruz entonces se levantó de la piedra, y subió hasta el viñedo donde estaba la vanguardia. Sus dos cañones, emplazados en lo alto de un cerro, no conseguían abrir brecha en los muros del fuerte. Era todo de piedra aquel antiguo convento, y los republicanos lo tenían aspillerado. El humo de las descargas parecía inmóvil sobre los paredones rojos por

los siglos. Al caer la tarde había cinco voluntarios muertos, que fueron llevados al cementerio en angarillas. Un clérigo con bonete iba detrás, entre algunas mujerucas que se cubrían con mantillas y lloraban. Rezó el clérigo un responso deprisa, y se volvió galgüeando entre las mujeres, que corrían con las puntas de las mantillas apretujadas sobre el pecho. Santa Cruz, en el camino del cementerio, vigilaba el paso por donde retirarse hacia los montes. Comprendía que los republicanos esperaban ayuda y que no había tiempo de rendirlos. Al volver de las líneas, le salió al paso un confidente. Santa Cruz le miró despacio:

—¿De dónde vienes?

—De Elizondo.

El Cura oyó la confidencia con los ojos bajos, apoyado en el bordón. Se confirmaba su recelo:

LA GUERRA CARLISTA

Ya sabía que llegaban refuerzos para los republicanos. Mandó esperar al confidente, y entró en la rectoral. Cerrado á solas en una sala blanca con tarima lustrosa, comenzó á pasearse. Aún estaba intacta la cama que la madre del vicario le habia mullido el día antes de la toma de Otain. Santa Cruz recapacitaba á media voz:

—Voy, los espero... Se retiran escarmetados... Ya estoy de vuelta y hago volar á éstos... Que sale mal, pues el monte conmigo... ¡Y me olvidaba de la justicia que hay que hacer en la vieja de Redin!

Abrió bostezando la boca grande, y tan bermeja, que parecía hilar sangre por la barba encendida, y fué á descabezar un sueño en la cama que le esperaba hacia dos noches.



VII

El cabecilla hizo un sueño ligero. Por la calle, bajo sus ventanas, pasaba un tumulto regocijado. El tamboril y la gaita tocaban en desacuerdo, y se trenzaban sus sonos con fantasía grotesca. Santa Cruz, de una gran voz, llamó á los voluntarios de su guardia, siempre en centinela mientras dormía. Los sintió venir desde el fondo del corredor:

—¿Qué pasa?

Los mozos tenían una ingenua alegría en los ojos: